

## La Excursión

por  
Allison Krunnfusz



Todo afuera de la casa parecía como si estuviera fundido. Aún los coches en la calle se movían más despacio. Con el sol en el medio del cielo, el día era bastante bochornoso para mí. Me senté en el peldaño, y miré el camión de mi abuelo en nuestro camino de entrada. Su viejo automóvil se estaba oxidando y la pintura roja se desconchaba del cuerpo. Este vehículo era lo que nosotros tomaríamos en la mañana para ir a Wisconsin en nuestro viaje. Estas fueron las palabras de mamá: “Mateo, debes ir con tu abuelo a un viaje de camping para mejorar vuestra relación”, pero de veras no quería ir. No había pasado mucho tiempo con mi abuelo en el pasado porque él siempre estaba demasiado ocupado con su trabajo y aventuras. No entendía por qué era necesario que nosotros fuéramos al otro estado por un fin de semana para enmendar una relación, pero hice mi maleta el día anterior y estaba preparado para el viaje.

Con la ayuda de mi despertador, me levanté de mi cama a las 8:00 de la mañana. Estiré mis brazos hacia el techo y fui al baño para cepillar mis dientes. Después, abrí las cortinas de mi ventana. El sol estaba rodeado de nubes como si fuera un libro de ilustraciones. Mi madre entró a mi cuarto con una sonrisa muy grande y me dijo: “Cuando quieras baja las escaleras, tu abuelo está listo”. Hice una sonrisa falsa y respondí: “Sí, bueno. Bajaré en cinco minutos en cuanto empaque el cepillo de dientes y el jabón”. En cinco minutos, estaba en el camión con mi abuelo; mamá hablaba muy rápidamente por la ventana sobre la diversión que tendríamos. Le dí un beso y mi abuelo y yo salimos de la casa.

Mi abuelo tenía 60 años en ese entonces. Él todavía trabajaba mucho pero yo no sabía en qué. Tenía pelo canoso, muchas arruguitas cerca de sus ojos verdes y misteriosos y también una sonrisa muy ancha. El ruido del remolque de nuestro barco interrumpió mis pensamientos. Íbamos a ir de pesca y camping en el lago de Devil’s, Wisconsin. Durante la excursión, mi abuelo constantemente trataba de hablar conmigo pero yo no quería conversar mucho y solamente respondía, “mhhh” o “sí” a sus comentarios.

Llegamos al destino a las 12:00 del medio día. Mi abuelo escogió un sitio cerca del lago donde había un embarcadero para nuestro barco. Después de desempacar nuestras maletas fuimos al barco para pescar por primera vez. Con mi caña de pescar empezamos a esperar los peces. A las 3 de la tarde, muchas nubes oscuras nos rodearon. Como estábamos en el medio del lago que era tan grande, las olas empezaron a sacudir el barco. Inmediatamente, decidimos regresar a nuestra área de camping. Mi abuelo arrancó el motor del barco. A causa de las olas, traté de agarrar un chaleco salvavidas, pero perdí el equilibrio y caí en el lago sin mi chaleco. Antes de que pudiera saberlo, las olas me habían envuelto. Trataba de mantener mi cabeza sobre el nivel del lago pero el agua estaba demasiado fría y no podía sentir más mis manos ni mis piernas. Podía ver el barco a lo lejos cuando subí a la superficie.

Temía lo desconocido de este lago, pero cuando estaba debajo de la superficie, encontré una

paz inexplicable. Podía ver el paisaje debajo del agua. Fue una imagen increíble con piedras viejas, algas marinas, y arena. Empezaba a pensar que era el fin para mí, cuando vi un pez muy grande con escamas vibrantes. Se movía a mi izquierda como si estuviera tomando su tiempo para entender la situación. Sus ojos oscuros me analizaban y de repente, el pez me dio un golpecito en mi brazo con su boca. Fue como si el pez quisiera decirme algo. Cuando lo miré a los ojos, me arrastró con su boca como si yo fuera su tesoro. Durante nuestro viaje en el lago, este pez me dio un tubo de buceo y comenzó a hablarme. “Hola Mateo, no quiero causarte miedo. Me llamo Alfonso y tengo 200 años. Durante toda mi vida, he vivido en este lago sin mucho más que hacer.” No podía creer que este pez me hablara tan francamente y le dije: “Estoy sin palabras...no puedo creer que puedas hablar.” El pez me dijo: “Todo el tiempo que tu abuelo y tú han estado en el lago, he escuchado su conversación. ¿Por qué no tratas bien a tu abuelo? Me parece que tú no quieres pasar tiempo o hablar en absoluto con él.” Después de este comentario, bajé mi cabeza porque ya sabía que todo lo que me decía era verdad. Respondí: “Sí, lo sé. No estoy orgulloso de mi acción, pero en realidad, no sé mucho sobre mi abuelo y por eso, no quiero tomarme el tiempo para conocer más de ese hombre. Él está todavía trabajando.” El pez me miró con curiosidad: “¿Le has preguntado sobre qué hace en su trabajo?” Puse mis ojos en blanco y le dije: “No. Él es más maduro que yo y no creo que él haga nada de interés.” El pez estaba muy desconcertado: “En mi experiencia, muchas veces las personas o cosas en general no son lo que parecen a primera vista.” Con curiosidad le pregunté: “¿Por qué me dices esto?” El pez rió: “Porque tú me recuerdas a mí cuando yo era joven. Hace muchos años cuando era un pescadito, no quería tener a mi padre inmiscuyéndose en mi vida. Él solamente me decía lo que quería hacer y nada más y por está razón, no me sentía bien cuando estaba cerca de él. Un día, sin embargo, vi a mi padre muy preocupado sobre su trabajo y le ofrecí ayuda con sus problemas. Debido al tiempo que le dediqué, mi padre y yo comenzamos a ser muy buenos amigos.” El pez me miró, y me explicó que tal vez el sólo hecho de tomarme un tiempo para conocer más a mi abuelo podría conducir a una amistad especial. El pez me dijo, “...pero necesitas por lo menos hacer el intento de hablar con tu abuelo, Mateo. Porque te guste o no te guste tu abuelo no estará aquí para siempre.” Mientras meditaba en esa idea, sentí que dos brazos fuertes me sacaban del lago.

Ahí estaba él. Mi abuelo tan fuerte y mi salvador. Podía ver la preocupación en sus ojos verdes mientras finalmente me encogí en su suéter en el barco. Le agradecí y lo abracé. Pensaba en lo que el pez me había dicho y le dije a mi abuelo: “Lo siento, no te he dado una buena oportunidad para que nos conozcamos mejor. Quiero saber más de tu vida porque tú eres mi abuelo y te amo mucho.” Con lágrimas en sus ojos mi abuelo me dijo: “Te amo también y quise ser una gran parte de tu niñez pero estaba en Irak y por eso no podía visitarte. Pero no me reenganché este año”. No podía creer que mi abuelo fuera un soldado. Había querido ser un soldado desde hacía varios años. Con una sonrisa le conté mis anhelos y desde ese momento hablamos por horas y horas.

Ese viaje fue inolvidable. Cuando regresamos a la casa, sentí que ese viaje había sido lo mejor de toda mi niñez por haber establecido una buena relación con mi abuelo. Hasta este día, no sé si ese pez fue real, pero para siempre le estaré agradecido por su sabiduría.